

El príncipe de los perros

Kate Elliott

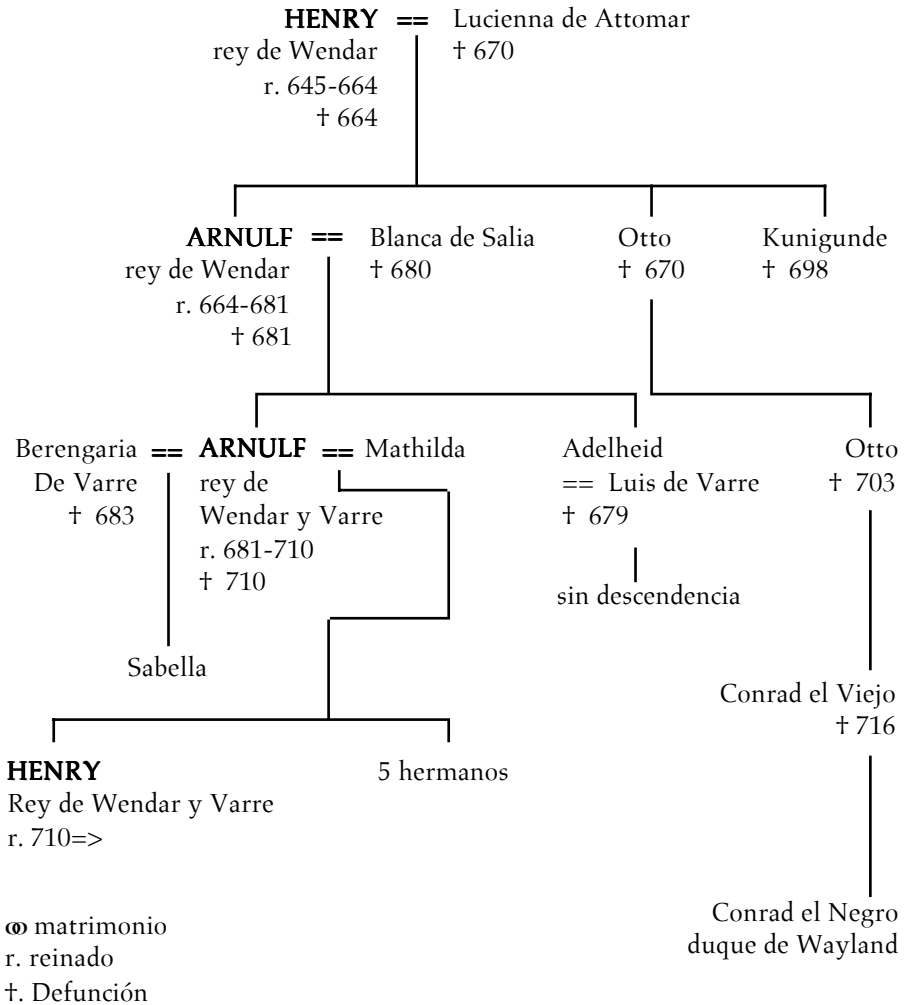
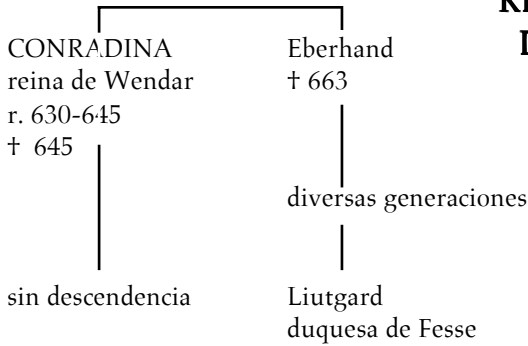
Traducción:
Isabel Notario Matey



A Jay



RECIENTES SOBERANOS DE WENDAR Y VARRE



HAY ESPÍRITUS ARDIENDO EN EL AIRE

Se mueven con los vientos que soplan por encima de la esfera de la luna con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos, y una y otra vez, su mirada desciende hasta la tierra como el azote de un relámpago, donde abrasa todo lo que toca. Sus voces tienen el chasquido del fuego y sus cuerpos son la unión del fuego y del viento, el aliento del sol fusionado en la mente y la voluntad.

Ella ve todo esto en la imagen que forma el fuego. Aquí corre igual que si fuera un ratón, en silencio, y observa desde la sombra lo que pasa. Se aventura por pasadizos desconocidos y por enormes salas escondidas por las que merodean otras criaturas.

Necesita ayuda desesperadamente y no sabe adónde dirigirse.

A través de las interminables e intrincadas salas busca la entrada que la conduzca hacia el viejo brujo Aoi.

¡Ahí! En la oscuridad, en un pasillo árido y seco de muros de piedra, ve a dos hombres andando, buscando igual que ella.

¡Allí! Un niño duerme con seis compañeros, sus cabezas están acomodadas sobre la piedra, tienen los pies y las rodillas cubiertos de montones de tesoros, brazaletes de oro bruñido, anillos, joyas, vasijas sacadas de la plata de la luz de luna, y suaves cuentas coloradas que son la sangre de los dragones endurecida al contacto con el aire.

¡Allá! Las criaturas se mueven y reptan entre las galerías, sus nudillos deformes aprietan contra el suelo la suciedad arañada de las húmedas y frías paredes. Como los Eikas, parecen estar hechos de metal y tierra más que de otras sustancias orgánicas, atrapados para siempre por el peso de la tierra, que corre por su sangre y endurece sus huesos.

Cuando, por fin, encuentra la piedra ardiendo que marca la entrada que lleva al viejo brujo, él ya no está a su lado. Ha dejado ese lugar y no sabe dónde buscarlo.

Un leve soplo toca la parte trasera de su cuello. Se estremece. Le pica la espalda como si solo con acercarse, la criatura le hiciera ampollas con su intención envenenada.

Ella comienza a correr por las salas. Sin embargo, en este lugar la criatura es más fuerte que ella, conoce estos caminos y está buscándola.

—Liath

Sabe su nombre...

PRÓLOGO

1

Todas las primaveras conseguían sobrevivir escondidos en el barrio abandonado de la curtiduría, de donde salían solo por la noche para conseguir comida. Después de unas cuantas noches escapando de los perros, escondiéndose en los fosos, se acostumbraron a tener un olor nauseabundo. Mathias le dijo a su hermana que era mejor apestar, como los curtidores, que ser despedazado por los perros.

Anna se quedó en silencio pensando en esto. Estaba contenta en cierta medida al saber que en el caso de que los salvajes eikas los cogieran, si les dieran caza los perros y les desgarraran los brazos de los hombros, las piernas de las caderas, al menos olerían tan mal a estiércol de pollo que probablemente ni siquiera esos espantosos perros se los comerían. O incluso si se los comieran los perros, quizá al haber estado su carne sumergida tantas veces en taninos de corteza de roble, la piel habría empezado a desarrollar una corteza dura que envenenaría a aquellas criaturas. Después, desde la Cámara de la Luz, en la que su espíritu descansaría después de la muerte en paz bendita, ella podría verles cuando murieran desesperada y estremecedoramente.

Todas las primaveras se podía conseguir comida, porque los que habían huido de la ciudad lo habían hecho sin tiempo para coger nada y los que no habían escapado estaban muertos. O al menos es lo que parecía. Había cadáveres medio comidos esparcidos en las calles y en los caminos, y muchas casas apestaran a carne podrida. Pero en las bodegas de las casas particulares encontraron verduras almacenadas y barriles de cerveza. En una ocasión, sin tenerlo previsto, hicieron una incursión en las cocinas del palacio del alcalde donde encontraron dulces, lo cual hizo que Anna se atiborrara, se pusiera mala y vomitara. Matthias la obligó a correr, aún vomitando, tapándose la boca con una mano para no arrojar más, lo que le produjo tal dolor que pensaba que el estómago iba a explotarle, para volver a las curtidurías donde podría vomitar en los fosos de los vertidos, en los que había una mezcla de estiércol de pollo mezclado con agua, donde él confiaba que se camuflaría el olor a vómito humano reciente.

Al cabo de un buen rato, ningún perro merodeaba por las curtidurías. Quizá los eikas habían renunciado a cazar su presa humana o habían creído que en la ciudad vacía no quedaba nadie que mereciera la pena cazar. A lo mejor se habían ido navegando río abajo para cazar en los pastos más verdes. Sin

embargo, ningún niño se atrevía a trepar por los muros de la ciudad hasta el parapeto para ver cuántos barcos eikas quedaban anclados en el margen del río. De vez en cuando, oían los lamentos y aullidos de los perros y, en una ocasión, los gritos de un humano, no sabían si eran de un hombre o una mujer. Solían esconderse en guaridas conocidas y, sobre todo, en el pequeño cobertizo en el que Matthias había dormido cuando fue aprendiz de tintorero el invierno previo al ataque de los eikas. Apartado, olvidado, en la confusión del ataque y la defensa desesperada de la ciudad calle por calle, al ver a los perros cazando por la ciudad, tuvo la excelente idea de refugiarse con su hermana pequeña en los fosos infectos de la curtiduría. Gracias a ello, habían sobrevivido mientras otros habían muerto.

Pero llegó el verano, agotaron sus últimas reservas y tuvieron que cavar en los jardines abandonados en busca de verduras que estaban creciendo entre las malas hierbas. Aprendieron a cazar ratas, porque en los edificios vacíos había miles de ellas, bien gordas, alimentadas a base de los cuerpos secos. Anna descubrió que también tenía habilidad para lanzar piedras, con las que abatió gaviotas, palomas demasiado confiadas y, en una ocasión, un gato asilvestrado.

Llegó el verano, vinieron más eikas y estos trajeron consigo esclavos humanos que había en una tierra de cosecha lejana.

Cuando una agradable mañana de verano, los eikas volvieron al barrio de las curtidurías con esclavos para que trabajasen en ellas, los dos chicos huyeron a un desván y se agacharon detrás de unos cueros teñidos que estaban colgados en las vigas para secarse. Cuando oyeron voces, el crujido y el chirrido de un cuerpo que subía por la escalera, Matthias levantó a Anna hasta una de las vigas grandes. A continuación, el terror le dio fuerzas para impulsarse y, al avanzar por la pared de tablones desiguales y con la ayuda de Anna, consiguió subir al lado de ella. Allí se acurrucaron, aferrados a la viga y temblando de miedo. El mal olor de la curtiduría ya no los protegía. En la otra punta del desván, la trampilla se abrió.

Al oír las primeras palabras pronunciadas en voz baja por un eika en un idioma que no podían entender, Anna se tragó un sollozo. Afuera, un perro aullaba y gruñía. Se oyó una voz humana, como en tono de respuesta, que provenía de la parte baja, cerca de los fosos de los vertidos, que aullaba de dolor, después comenzó a gritar y a suplicar, inútil e ininteligiblemente, y volvió a gritar hasta que al final, gracias a Dios, los gritos finalizaron con un gorjeo. Matthias se mordió los labios para evitar gritar. Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas que cayeron por sus mejillas; agarró el Círculo de la Unidad de madera que llevaba colgado de un cordón de piel en su delgado pecho, era el regalo que le hizo su madre al morir, y fue siguiendo con el dedo el perfil del suave círculo, rezando en silencio como había visto hacer a su madre muchas veces, aunque su oración sin palabras no le había servido a su madre para salvarse de la enfermedad mortal que acabó con su vida.

Unos pasos hicieron temblar los travesaños. Un cuerpo, mitad metal, mitad tela, chirriaba mientras subía con esfuerzo al suelo del desván. Un hombre gruñó, era un sonido humano, cortante, pero familiar por lo que tenía de humano.

Los eikas hablaron de nuevo, esta vez en un idioma reconocible aunque chapurreado, el wendiano.

—¿Cuánto va a tardar esto en estar preparado?

—Tendré que echarlas un vistazo.

El hombre habló, pronunciando cada palabra con especial cuidado.

—Lo más probable es que, si han estado aquí desde entonces, estén todas preparadas. —Se calló y después suspiró, estremeciéndose. ¿Acababa de presenciar esa matanza o solo lo había escuchado como ellos?

—Desde la primavera.

—Yo cuento estas —dijo el eika—. Yo cuento estas pieles antes de que vengas. Si cuando estén listas me traes menos de las que yo he contado, por cada piel que cuente de menos mato a un esclavo, y empiezo por ti.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Pero los niños no podían verle, solo oírle y en su voz notaron algo que no podían interpretar.

—Me lo traes cuando esté listo —dijo el eika.

La escalera crujió y esta vez reconocieron el débil sonido del tintineo de la malla cuando el eika salió del desván, bajó y se marchó adonde fueran los eika cuando no estaban cazando y matando.

Los chicos seguían allí subidos, rezando para que el hombre se marchara.

Pero en lugar de eso, se desplazaba despacio por el desván, moviendo las pieles, frotándolas, probándolas. Contándolas. Un tablón suelto crujió bajo sus pies. El suave crujido de una piel deslizándose contra otra delataba su deambular y el golpe y el movimiento del aire empapado de olor a cuero en la oscura habitación, que se extendía a medida que él se desplazaba, cambiaba y giraba a su alrededor como el olor de la muerte cercana, porque ser descubiertos significaría la muerte.

Definitivamente, aquello era demasiado para Anna que tenía tres inviernos menos que Matthias. Antes de que pudiera contenerlo, el sonido salió de su garganta como el gemido de un perrito. El lento desplazamiento del hombre cesó, pero todavía oían su respiración irregular en la penumbra.

—¿Quién anda ahí? —susurró el hombre y después dijo entre dientes una bendición a Nuestra Señora.

Anna cerró los labios, cerró los ojos apretándolos y lloró en silencio, agarrando el Círculo con la mano que le quedaba. Matthias buscó a tientas en su cinturón el cuchillo, pero le daba miedo desenfundarlo porque incluso ese leve sonido los delataría.

Ninguno de los niños se atrevió a contestar. Al final, gracias a la Señora, se marchó.

Esperaron un rato y después bajaron de la viga.

—Tengo que hacer pis —dijo Anna gimoteando mientras se limpiaba la nariz.

No se atrevían a salir del desván, pero, aun así, más tarde o más temprano, tendrían que salir o se morirían de hambre. Orinó en la esquina más oscura y lejana, y confió en que se secara antes de que volviera a aparecer alguien. En la curtiduría, los esclavos nuevos tenían otras tareas que realizar, lavar cueros y arrancar la carne y el pelo adheridos, llenar nuevos fosos para echar los vertidos o para la maceración, colocar cueros en capas en cortezas de roble, empapados en ácido tánico o, una vez teñidos, escurrirlos y alisarlos antes de secarlos. Había otros desvanes en los que los cueros esperaban y se secaban en una silenciosa oscuridad, hasta que estaban listos para el tintorero. No había razón alguna para que ese día apareciera alguien por allí.

Sin embargo, esa tarde oyeron ruidos en la escalera. Esta vez no tuvieron tiempo de subirse a la viga. Se agacharon detrás de la pared más lejana y se envolvieron en una piel de vaca.

En lugar de palabras, oyeron el suave golpecito que hacía algo al ser colocado sobre la madera. Después, la trampilla se cerró y los pasos bajaron ruidosamente por la escalera. Al cabo de un momento, Matthias se atrevió a salir.

—¡Anna! ¡Silencio! —susurró.

Salió sigilosamente y encontró a su hermano con un pedazo de queso de cabra en una mano y una rebanada pequeña de pan oscuro en la otra. Al lado de la trampilla había un tosco cuenco de madera vacío. Se quedó mirando aquellos tesoros fijamente y con temor.

—Si nos lo comemos, sabrán que estamos aquí.

Matthias cortó un trozo de queso, lo olió y se lo metió en la boca.

—Nos comeremos ahora un pedazo —dijo.

—¿Y qué más da? Si no salimos de aquí esta noche, nos descubrirán más pronto o más tarde. Guardaremos lo demás para cuando consigamos escapar.

Ella asintió con la cabeza. Sabía cuándo había que discutir y cuándo debía quedarse callada porque no tenía sentido discutir. Él le dio un trozo de queso; tenía un sabor salado y amargo. El pan estaba seco como la avena entera y su textura áspera hizo que sintiera sed. Dividió el resto de la comida en dos porciones y le dio la mitad a ella. Ambos llevaban morrales de cuero atados al cinturón, para esas ocasiones. Ese tipo de cosas abundaba en la ciudad en ruinas, ya fuera en las casas vacías y tiendas o, si eran de mucho valor, se les podían robar a los muertos. No les faltaban agua, ropa, cuchillos o cucharas, o incluso toda una casa de madera provista de muebles y ropa de cama de primera calidad, pero la comida y la seguridad escaseaban.

Esperaron hasta que por los tablones de las paredes no entrase ningún resquicio de luz que se proyectase sobre las tablas alabeadas del suelo, hasta que la sombra gris no pudiera distinguirse del negro. En ese momento, Matthias abrió con suavidad la trampilla y deslizó el extremo con toda la suavidad que pudo.

—¡Nuestra Señora!

Habló un hombre que no era Matthias. Anna se quedó inmóvil. Matthias gruñó y se tiró al suelo.

—Quieto —dijo el hombre—. No me amenaces con el cuchillo. No te haré daño. Por la Señora, no creí que hubiera sobrevivido nadie en este osario. Solo eres un niño.

—Lo suficientemente mayor para ser aprendiz —refunfuñó Matthias, emocionalmente herido como lo estaba siempre, porque la voz de este hombre era como la de su tío y su tía unidas.

Anna pensó, *si este hombre ha llamado «niño» a Matthias, quizá lo ha hecho conmovido por la pena, sin desprecio*. Tuvo la sensación repentina de que se podía confiar en él, a diferencia de su tío, y en cualquier caso, si a Matthias no lo capturaban, era mejor morir con él que seguir librando una batalla que ella sola no ganaría nunca. Sacó las piernas balanceándose y bajó rápidamente y en silencio por la escalera.

Matthias la insultó entre dientes. El hombre lanzó un grito ahogado, se tapó la boca con la mano y miró a su alrededor con disimulo, pero seguían solos. A esas horas no había nadie más en la curtiduría. La luna en cuarto creciente les iluminaba y esa luz dividía los fosos en delgadas sombras de formas fantasmagóricas. Anna agarró la mano a su hermano y apretó con fuerza.

—¡Ay, Señora, y hay una todavía más pequeña! —dijo finalmente el hombre—. Pensaba que eras un gato. ¿Sois más?

—Solo somos dos —dijo Matthias.

—¡Señor de los Cielos!. ¿Cómo habéis conseguido sobrevivir?

Matthias señaló los fosos y después se dio cuenta de que quizá el hombre no se hubiera dado cuenta de su indicación.

—Hasta ahora hemos tenido suficiente comida para coger. Nos escondimos aquí porque los perros no podían olerlos.

El hombre miró a Anna entreabriendo los ojos en aquella luz tenue. De repente, dio un paso adelante y cogió su mejilla con la mano. Matthias se adelantó blandiendo el cuchillo que llevaba en el cinturón, pero Anna dijo:

—No.

Y él se detuvo y esperó.

Al momento, el hombre dejó que se fuera y se retiró, frotándose los ojos con un dedo.

—Una niña. Eres una niña y no mucho mayor que mi hija Mariya. La Señora es misericordiosa por haber salvado a una.

—¿Dónde está su hija? —preguntó Anna, en esta ocasión con atrevimiento.

El hombre no la había asustado.

—Muerta —dijo de forma cortante—. En la incursión que los eikas hicieron en mi pueblo hace algo menos de un mes. Mataron a todos.

—A usted no le mataron —dijo Anna con toda la razón, al observar que él parecía bien vivo y no tenía en absoluto el aspecto de un muerto. No porque ella hubiera presenciado algo así nunca, sino porque había oído historias sobre ellos como la de que en la noche de *Halloween* volvían al mundo de los vivos.

—Sí, muchacha, me mataron —dijo amargamente—. Mataron todo menos esta capa exterior. Ahora soy solo un cuerpo sin alma, un esclavo suyo para hacer todo lo que quieran hasta que se cansen de mí y me echen a los perros.

Aunque hablaba como si vivir lo agotara, se estremecía cuando hablaba de los perros.

Anna analizó lo que el hombre la había dicho y pensó que había entendido casi todo.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —preguntó—. Si los eikas nos encuentran, ¿no nos matarán?

—Lo harán —dijo el hombre—. Nunca dejan vivos a los niños. Solo quieren esclavos mayores con la suficiente fuerza para realizar su trabajo. Pero he oído decir a uno de los otros esclavos que en Gent no hay niños, no hay cuerpos de niños, sencillamente no hay ningún niño. Por las noches, en la oscuridad se cuenta una historia, se dice que el santo que protege la ciudad llevó a los niños a un lugar seguro o a la Cámara de la Luz, no sé exactamente adónde.

—Es verdad —masculló Matthias—. Todos los niños se han ido, pero no sé adónde fueron.

—Entonces, ¿dónde están vuestros padres? —preguntó—. ¿Por qué no os llevaron a vosotros a un lugar seguro y a los demás sí?

Anna se encogió de hombros, pero vio que su hermano se encorbaba como siempre hacía, porque el sufrimiento todavía le atenazaba, aunque ella no recordaba a sus padres lo suficiente para llorar su muerte.

—Murieron hace cuatro veranos —dijo Matthias—. Nuestro padre murió ahogado cuando salió a pescar y nuestra madre murió unos meses más tarde, de unas fiebres. Ambos eran buenos. Después fuimos con nuestro tío, que huyó cuando llegaron los eikas. Nunca pensaba en nosotros. Yo volví corriendo a la casa y cogí a Anna, pero en ese momento había enfrentamientos por todas partes. No se podía llegar ni a la catedral adonde la mayoría de la gente huyó, así que nos escondimos aquí. Y aquí nos hemos quedado.

—Es un milagro —murmuró el hombre.

De repente, en el silencio de la noche, se oyó un ruido, ladridos de perros y una sola llamada con un tono áspero, una palabra que ninguno de los niños comprendió. El hombre se sobresaltó un poco.

—A mitad de la noche vienen a contarnos —dijo—. Tengo que volver. No os delataré. Lo juro por el Crisol de Nuestra Señora. Que Nuestro Señor se abata sobre mí con su espada celestial si lo hago. Si puedo, mañana os traeré más comida.

Entonces, adentrándose en la noche se marchó.

Orinaron rápidamente en uno de los fosos pestilentes llenos de estiércol y agua y entonces se pararon para contemplar aquel cielo, sorprendentemente nítido; la noche era tan oscura que contemplar las estrellas casi dolía. Oyeron otra vez a los perros y Matthias aupó a Anna a la escalera. Ella volvió a subirse como pudo y él detrás de ella cerrando la trampa a su paso. Después de dudarle un momento,

pero en silencio, devoraron el resto del queso y del pan y esperaron al día siguiente.

2

La noche siguiente, bastante tiempo después de la puesta de sol, el hombre volvió, llamó con suavidad a la puerta y dijo:

—Soy vuestro amigo.

Matthias abrió la trampilla con precaución y miró hacia abajo. Al instante, bajó y Anna lo siguió. El hombre les dio pan y los miró en silencio mientras comían. Ella podía verle un poco mejor que la noche anterior, la luna estaba creciendo y la parte que crecía aumentaba poco a poco hacia la luna llena. No era especialmente alto, tenía los hombros anchos de un granjero y la cara redonda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó vacilante finalmente.

—Me llamo Matthias y esta es Anna, que es la abreviatura de Johanna. Nuestra madre nos puso estos nombres por los discípulos de Daisan *el Bendito*.

El hombre asintió con la cabeza como si lo hubiera sabido desde siempre, o quizá solo para demostrar que lo había entendido.

—Me llamo Otto. Siento haber podido traerlos solo pan. No nos dan bien de comer y no me atrevo a pedir a los demás que compartan su ración. No sé si puedo confiar en ellos, porque no son parientes míos. Y además, cualquiera de ellos podría contar a los eikas que estáis aquí a cambio de alguna recompensa, quizá a cambio de más pan.

—Es muy amable por su parte ayudarnos —dijo Anna con alegría, porque se acordaba de que su madre siempre le había dicho que había que ser educada y agradecer los regalos que recibía.

El hombre sollozó y a continuación, con un gesto vacilante le tocó el pelo. De repente, se separó de ella.

—O quizá, como yo, los demás estarían encantados de ayudar, si por lo menos eso significase encontrar una forma de liberar a dos más de los salvajes. No es lo mismo que si los eligieran favoritos. Nunca los he visto poner en contra a unos esclavos frente a otros por dar un trato especial a alguno de ellos. Nos desprecian a todos. Todos son tratados de la misma forma, o trabajan o los matan.

—¿Solo han traído esclavos aquí, a las curtidorías? —preguntó Matthias.

—También se han cargado a los herreros, aunque no tienen a nadie que sepa hacer su trabajo. Pero somos esclavos y prescindibles —dijo con voz firme—. A mí me mandaron aquí a las curtidorías por casualidad, aunque nunca había percibido un olor tan pestilente como este. Se dice que todos los días queman hombres en la forja y que los eikas son capaces de cortar la garganta de un hombre quemado para dejar que cicatrice, si no se puede levantar y seguir trabajando. He visto a esos eikas. Vi cómo lanzaban a uno al fuego y no se quemaba. El calor no le dejó ninguna cicatriz en el cuerpo. No tienen piel, no son como nosotros. Es un

tipo de piel parecida a las escamas de las serpientes, pero más dura y gruesa. Es como la de los dragones.

Carraspeó y escupió, como queriendo extraer de su boca el sabor de aquellas palabras.

—La progenie de los dragones y las mujeres humanas, eso es lo que dicen ellos, pero yo no comprendo cómo puede producirse una unión tan antinatural. En cualquier caso, no deberíamos hablar de esto así, delante de la niña.

—Yo no he visto nada que ella no haya visto —dijo Matthias en voz baja.

Sin embargo, Anna se dio cuenta enseguida de que el hombre, al decir eso con la intención de protegerla, confiando en el muchacho, se había ganado la confianza de su hermano.

Terminó su pan y deseó haber tenido más, pero sabía que era mejor no preguntar. Era probable que les hubiera dado toda su ración. No sería de buena educación pedir más.

—El azar —susurró el hombre con amargura—. El azar me habría sido más propicio si me hubiera dejado morir con mis hijos, pero no.

Hizo un gesto de incredulidad con la cabeza, moviéndose, mirando hacia atrás por encima del hombro con nerviosismo, porque tenía toda la razón para estar nervioso, como lo estaban todos.

—Todo tiene su por qué. A mí me dejaron libre para poder encontraros.

Dio un paso hacia delante, cogió a Matthias por la mano y con la otra tocó el pelo de Anna con suavidad.

—Encontraré una forma de que salgáis de aquí, lo juro. Ahora debo irme. Todas las noches a esta hora, les digo que voy al baño, así que tengo que volver. Los eikas son criaturas extrañas. Son salvajes, eso seguro, pero son maniáticos; eso quizá demuestra que el «sendero que conduce al enemigo está bien pavimentado con piedras bien lavadas, porque las aguas que las limpian son las lágrimas de los malvados». Solo podemos hacer nuestras necesidades en un sitio, no se puede orinar en ningún otro sitio excepto en el que ellos nos dicen o sobre las pieles nuevas. Por eso tenemos algunos momentos de libertad para salir hacia aquí, incluso de noche, porque ellos no pueden soportar la peste de nuestros cuerpos humanos cerca de los suyos, pero no me atrevo a quedarme más tiempo.

La noche siguiente volvió otra vez y la siguiente, y la otra. Les llevó migajas, pero solo lo suficiente para que no murieran de hambre. También les llevó cerveza y en una ocasión, vino en una jarra, porque en los fosos de la curtiduría y en sus alrededores, había poca agua y, la que había, tenía un sabor nauseabundo.

Descubrió rápidamente que Matthias sabía más sobre la curtiduría y su procedimiento que ninguno de los esclavos que trabajaban allí; en tres meses de aprendizaje, Matthias había asimilado las nociones elementales de curtido y teñido, lo suficiente para conocer lo que se hacía en cada paso y qué herramienta se necesitaba. Su trato con él era educado, incluso amable, pero a Anna la adoraba de verdad. Ella se sentaba en su regazo y él le acariciaba el pelo. En una o dos ocasiones se distrajo y le llamó Mariya.

En su desván nadie entraba a tocar las pieles. Otto les explicó que él era el encargado de vigilarlas y ningún esclavo tenía tiempo de meterse en asuntos de otros. Al cabo de varias noches, empezó a traer más comida.

—Los eikas han aumentado nuestras raciones. Han traído más esclavos para trabajar en las panaderías, pero también, hijo mío, lo que me dijiste y lo que les he dicho a los otros nos está ayudando a trabajar. Están satisfechos con nosotros así que nos alimentan mejor.

Ahora, la luna estaba llena y Anna podía ver su expresión, que era, como siempre, adusta.

—No les espera nada bueno a aquellos a quienes llevan a las herrerías, o al menos eso es lo que he oído. Salen tantos muertos como vivos entran ¡Serán animales!

Ella se tapó los ojos con una mano, pero podía ver la angustia de su expresión.

—Las pieles pronto estarán secas y se las llevarán, y ya no tendréis sitio donde esconderos.

—Colgarán más pieles, ¿no? —preguntó Anna.

—¡Ah! Muchacha.

La abrazó con fuerza contra su pecho.

—Lo harán, pero yo no puedo esconderos aquí siempre. He preguntado a varios y no sé cómo sacaros de la ciudad, a menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Matthias porque Anna sabía que él, también, había estado hablando con ella sobre la posible forma de escapar de la ciudad.

Si no hubieran estado tan asustados, quizá pudieran haberlo hecho en primavera, pero sí lo habían estado y los perros habían merodeado todas las noches por la ciudad. Ahora, con esclavos en la ciudad y las puertas vigiladas, o al menos eso suponía él, sería más difícil escapar.

—No sé. Solo es una historia y no sé si creérmela.

Pero él agarró a Anna, tocó su pelo con los labios, y le dio un beso paternal.

—He oído decir a algunos que hay una criatura, un daimon, que está preso en la catedral. Dicen que el mago eika lo bajó del cielo donde viven esas criaturas y lo encerró en un cuerpo como el nuestro. Lo mantiene encadenado a su trono.

Anna se estremeció, pero en el regazo de Otto se sentía segura, él la abrazaba con tanta seguridad.

—Estoy pensando —continuó el hombre hablando despacio— que los magos dicen que los daimones conocen secretos que escapan al conocimiento de los humanos. Si es verdad, el santo bendito de esta ciudad salvó a los niños, y si es verdad que los sacó de la catedral para llevarlos por caminos ocultos a un lugar seguro, entonces, ¿es posible que este daimon sepa el camino oculto? ¿No es cierto que los daimones pueden ver tanto el pasado como el futuro más allá de lo que los ojos humanos ven? Si le ofrecéis algún regalo a la criatura y odia a los eikas tanto como nosotros, ¿no podría decirte ese camino secreto? La probabilidad es pequeña, seguro, pero no se me ocurre otra. Las puertas están vigiladas día y noche y los perros vagan por las calles.

Al pensar en los perros se estremeció, todos los hicieron.

—Vosotros sois niños. El santo os sonreirá como lo ha hecho con los demás.

—Tú vendrás también, ¿verdad papá Otto? —Anna recostó su cabeza sobre su pecho.

Él gimió, pero en silencio, las lágrimas le corrían por el rostro.

—No me atrevo —dijo—. No me atrevo a intentarlo.

—Podrías escapar con nosotros —dijo Matthias—. Dios se apiadará de ti por lo amable que has sido con nosotros sin ser parientes tuyos.

—Puede que Dios lo haga pero los eikas no lo harán. No los conoces. Son salvajes y tan astutos como las comadreas. Marcan a cada esclavo, y si les falta uno, ponen a otros delante de los perros y los sueltan. Así pues, si un esclavo intenta escapar, sabe lo que les pasará a los que quedan detrás. No haré que maten a aquellos con quienes trabajo. No pude hacer nada por salvar a mi familia. No voy a salvarme yo y por hacerlo, matar a otros que son inocentes como mis queridos niños. Pero vosotros dos podríais escapar si podéis encontrar a ese daimon y hablar con él.

—Pero ¿qué podríamos llevarle? —preguntó Matthias—. No tenemos nada.

Entonces, se calló y por su mirada astuta, Anna supo que había pensado en algo. Miró en su bota y sacó la pieza más valiosa de su amplia colección de cuchillos, escondidos en varias partes del cuerpo, que robaron del cuerpo de un hombre robusto lujosamente ataviado, con el tipo de ropas que solo lleva un comerciante rico o un noble. Tenía una buena hoja y una empuñadura cincelada finamente con la forma de una cabeza de dragón y esmeraldas embutidas en el hueco de los ojos. Con ello, Anna se dio cuenta de que Matthias confiaba plenamente en Otto; el cuchillo era demasiado valioso para mostrárselo a alguien que pudiera codiciarlo y quitárselo por la fuerza a un chaval y a su hermana pequeña.

Los ojos de Otto se abrieron más porque, incluso a la luz de la luna, la calidad del cuchillo era obvia.

—Es una pieza bonita —dijo—. Y un regalo de valor, si puedes llegar hasta él.

—Pero ¿cómo vamos a poder entrar en la catedral? —preguntó Matthias—. El jefe eika vive allí, ¿no? ¿Sale alguna vez?

Mientras pensaba, el pelo de Otto se movió empujado por la suave y tranquila brisa de verano, la brisa nocturna que venía del río. En las puntas del pelo, Anna percibió el olor penetrante del hierro y la forja, un olor natural comparado con el hedor que salía de los fosos de la curtiduría tan cercanos. Al final, el hombre suspiró y llegó a una conclusión.

—Es hora de confiar en otros. Esta información no puedo conseguirla yo solo. Muchachos, roguemos a Nuestra Señora y a Nuestro Señor, pidámosles que nosotros, débiles mortales, podamos unirnos frente a nuestros enemigos paganos, porque ahora debemos confiar en otros con los que no tenemos ninguna relación de parentesco, excepto que somos humanos y estamos juntos frente a los salvajes.

Dicho esto, se fue.

La noche siguiente trajo una mujer, encorvada, con cicatrices, cansada. Se quedó mirando a los chicos fijamente un buen rato y al final dijo:

—Es un milagro que hayan podido sobrevivir a la matanza. Es una señal de Santa Kristine.

Se marchó de nuevo y él les dio su ración nocturna de comida.

La noche siguiente vino con un hombre joven que tenía los hombros anchos, pero con tanto peso sobre ellos, que parecía tener el doble de edad que un hombre de sus características. Sin embargo, al ver a los niños, se irguió y volvió a tener el aspecto de un hombre orgulloso de su juventud y su fuerza.

—Se van a enterar esos malditos salvajes —dijo en voz baja—. Nunca dejaremos que los cojan. En esta ocasión los venceremos. Eso nos dará fuerza en los días venideros.

La noche siguiente, Otto trajo a una mujer robusta que todavía llevaba sus ropajes de diaconisa aunque ahora estaban manchados, rotos, y sucios. Sin embargo, al ver a los niños saludó con la cabeza, sin mostrar sorpresa porque seguramente ya había oído hablar de ellos. Bajó la cabeza sujetándola entre las manos.

—Recemos —susurró.

Hacía mucho desde que Anna rezó por última vez. Se le habían olvidado las oraciones, pero iba rodeando con la mano el Círculo de la Unidad, siguiendo el círculo con el dedo por la suave madera con mucha atención mientras la diaconisa susurraba la Palabra Sagrada de Dios, porque esa era la oración que mejor sabía. Otto la miraba como siempre, con lágrimas en los ojos.

—Esta es una señal de Dios —dijo la diaconisa después de su oración—. Así juzgarán nuestra capacidad para escapar de esta plaga, si podemos salvar a estos niños que aunque no son parientes nuestros, son nuestros niños, que nos han sido entregados, como todos aquellos que viven dentro del Círculo de la Unidad son hijos de Nuestra Señora y Nuestro Señor.

Otto asintió con la cabeza con solemnidad.

La diaconisa puso una mano sobre el hombro de Matthias, como si lo bendijera.

—Los que recogen agua del río y la traen aquí han hablado con los que recogen agua para los herreros, y de los que están con los herreros, algunos llevan armas a la catedral, donde el jefe ocupa su silla y lo ve todo. Otros esclavos que barren y limpian la catedral se reúnen a veces con los que llevan las armas de los herreros y nos han dado la siguiente información.

Al oír un ruido, se calló. Solo era el viento que golpeaba una contraventana que estaba suelta.

—El jefe sale de la catedral cuatro veces al día para sacar a sus perros a hacer sus necesidades...

—¿Sus necesidades? —preguntó Anna.

La pregunta hizo que las caras de los esclavos esbozaran una sonrisa que fue el primer atisbo de sonrisa que Anna había visto, incluso en la cara de Otto.

—Fosos. Agujeros cavados en el suelo donde dichas criaturas se alivian, porque incluso ellos son esclavos de sus cuerpos, como lo somos todos nosotros, esclavos de las necesidades de los humanos. Ahora calla, niña. Aunque esa ha sido una buena pregunta, debes escuchar atentamente mis palabras. Una vez cada día, todos los eikas salen de la catedral, con sus perros y con los pocos esclavos que allí tienen. Van al río por la noche a asearse.

Ella levantó una mano para anticiparse a la pregunta de Anna.

—A darse su baño. En ese momento, que es cuando se cantan las Vísperas todas las tardes, la catedral está vacía.

—Sin contar con el daimon —dijo Otto.

—Si esa criatura existe de verdad. Eso dicen los esclavos que allí limpian, pero es posible que por estar cerca de los salvajes, estén algo trastornados, porque a nadie le han permitido acercarse a esta criatura, que se dice que está encadenada con hierro al altar sagrado. Por su descripción, parece que es más como un perro que como un hombre. Alguien dijo que habla como los humanos, pero otro dijo que solo sabe aullar, gruñir y ladrar. Según esto, si el santo nos concede un milagro, debemos confiar. ¿Lo entiendes?

Dirigió la pregunta a Matthias y lo observó detenidamente a la pálida luz de la luna mientras asentía con la cabeza una vez, para demostrar que lo había entendido. Anna también asintió con la cabeza y cogió a Matthias de la mano porque estaba muy asustada.

—Esta noche —dijo la diaconisa.

Miró a Otto y asintió con la cabeza apretando las manos.

—¿Esta noche? —preguntó Anna susurrando—. ¿Tan pronto?

Se echó impulsivamente hacia delante y apretó los brazos rodeando el cuerpo de Otto. La ropa le quedaba muy holgada, en su día fue un hombre robusto, pero había adelgazado a causa del hambre y la pena, aunque para ella todavía era fuerte. La abrazó con fuerza y ella notó cómo caían las lágrimas de él en sus mejillas.

—Debemos ponernos en marcha inmediatamente —dijo la diaconisa—. Os pueden descubrir en cualquier momento. Es un verdadero milagro que no os hayan encontrado antes.

Frunció el ceño y la luz de la luna iluminó su rostro marcando las líneas de su expresión que mostraba dolor.

—No sabemos si algún idiota nos puede delatar a todos, para ganarse el favor de los eikas. Pero de los salvajes no se puede obtener ningún favor. No son parientes nuestros. No sienten misericordia por su especie así que no van a sentirla por nosotros, de modo que nosotros no debemos sentirla por ellos. Ahora, despedíos chicos. Ya no volveréis a ver a Otto.

Anna gimió. Era demasiado duro dejarlo atrás, la única persona, aparte de Matthias, que había sido amable con ella desde que murieron sus padres.

—Contad lo que aquí ocurre —dijo Otto.

Todavía tenía abrazada a Anna, pero ella sabía que se lo decía a Matthias.

—Informad a otros de que todavía hay gente viva en esta ciudad, que nos tienen como esclavos. Diles que los eikas están agrupándose y haciéndose fuertes, que están utilizándonos para hacerles armas y escudos.

—Volveremos a buscaros —dijo Matthias, con la voz quebrada por las lágrimas.

Anna no podía hablar, solo agarrarse a él. Ottoapestaba a los fosos de los vertidos, pero todosapestaban al olor de la curtiduría; en aquel momento, ese olor era para ella como un perfume, un olor conocido que relacionaba con estar a salvo. Fuera, lejos de los fosos, seabría un mundo que ella no conocía, ni confiaba en él.

—Señora —susurró Otto.

Besó a Anna en el pelo por última vez.

—Quizá sea peor así; que me hayas hecho concebir esperanza. Os esperaré siempre que pueda. Si vivís, si yo sobrevivo, si nos volvemos a reunir, seré vuestro padre.

—Venid chicos —dijo la diaconisa cogiendo sus manos después de separar con suavidad a Anna de Otto.

Anna lloró mientras se la llevaban. Miró hacia atrás para ver cómo Otto les veía marchar, con las manos a los lados del cuerpo diciendo adiós, abriéndolas y cerrándolas hasta que ella perdió de vista su cara en la oscuridad de la noche.

La diaconisa los llevó al extremo de la fétida trinchera donde los esclavos se aliviaban.

—Esperad aquí —dijo ella—. Vendrá a recogeros un hombre.

Ella se marchó y volvió al edificio en el que dormían los esclavos. Al poco tiempo, llegó el hombre al que acababan de conocer.

—Ven —dijo subiéndose a Anna a la espalda. Tenemos que ir corriendo hasta la forja.

Corrieron, se escondieron en una ocasión para que el hombre recuperara el aliento y en otra porque oyeron los aullidos de los perros en los alrededores, aunque no llegaron a ver nada. Por la noche, los fantasmas eran los únicos que merodeaban por la ciudad. Había pasado mucho tiempo sin que Anna saliera a las calles en ruinas, pues los espacios abiertos y las sombras angulares, el vacío, le provocaban escalofríos que subían y bajaban como arañas bajo la piel.

Al llegar a otra zanja que tambiénapestaba a pis y diarrea, el hombre joven los dejó sin contemplaciones. Sin embargo, ese olor era bueno, era un olor humano, no como el áspero hedor metálico de los salvajes.

Allí se reunieron con una mujer. Primero, se quedó mirándolos fijamente, después los palpó, tocando sus labios, su pelo, sus ojos.

—Sois de verdad —dijo—. Niños de verdad. A los míos los asesinaron, venid, no hay tiempo.

Los condujo aprisa por el laberinto de la ciudad, pasando por otra trinchera, otro grupo de esclavos. Así, de trinchera en trinchera atravesaron la ciudad.

—Esta es la única libertad que tenemos —dijo el hombre que por fin les llevó ante la catedral, aunque por el horizonte, al este, se veían las primeras luces del amanecer.

—Los eikas son salvajes, pero no pueden soportar el más mínimo hedor humano a orín o mierda cerca de ellos. He visto matar a un hombre por hacer de vientre donde no debía hacerlo, aunque no lo pudo evitar. Nos dejan salir a aliviarnos uno por uno y si decimos que tenemos retortijones, nos dejan salir alguna vez más. Bueno, ni yo ni ninguno de nosotros puede llevaros más lejos. Escondeos aquí, bajo estos harapos, cerca de la trinchera porque los eikas nunca se acercan a estas trincheras. Nos os mováis, no hagáis ruido aunque oigáis a los perros. Quizá os descubran y os maten. Todos rezaremos para que eso no ocurra. Tened paciencia. Esperad a que amanezca. Cuando bajen al río, sabréis que son ellos por la luz, por el cuerno que tocan y por el tamaño de la procesión. En cualquier caso, tened cuidado, porque no vienen todos, algunos se quedan detrás para vigilar a los esclavos que duermen en ese edificio que hay en el camino, al que llaman la casa de la moneda. Por lo que yo sé, puede que algunos se queden también aquí detrás, en la catedral. No sé lo que hay dentro de la catedral, eso lo tenéis que descubrir por vosotros mismos. Que Dios os acompañe.

En señal de hermandad, cogió con sus manos las de ellos, primero las de Anna y luego las de Matthias y les dijo que se tumbaran del todo tapándolos con los mugrientos y asquerosos harapos. Anna oyó cómo se alejaban los pasos. Notó que algo se arrastraba por su mano. Dio un grito ahogado, no se atrevió a moverse, casi ni a respirar. Pero por primera vez en tantos días y semanas sintió una extraña y ligera sensación en su corazón. Tardó bastante tiempo en descubrir lo que era y finalmente recordó las últimas palabras de Otto:

—Me habéis devuelto la esperanza.

Sorprendentemente, casi asfixiada por el olor nauseabundo del montón de harapos, se quedó dormida.

3

Los aullidos la despertaron. Se levantó de golpe y de inmediato Matthias la empujó hacia abajo para que se tranquilizara. No emitió ningún sonido.

Los harapos se movieron, lo cual le permitió ver las escaleras de la catedral y la avenida. Un hombre se detuvo a menos de cinco pasos de ella, de espaldas al montón de trapos, y orinó en la trinchera. Después, dirigiéndose a los trapos, se acercó y se agachó. De todos los esclavos que había visto, parecía el que estaba en mejor estado; su túnica no estaba llena de suciedad, aunque tampoco precisamente limpia. Jugaba con la cuerda que hacía las veces de cinturón que colgaba de sus delgadas caderas y de vez en cuando miraba hacia atrás por encima del hombro en dirección a los escalones de la catedral. A través de un

hueco entre los trapos, Anna pudo ver que venía otro esclavo. Esta persona, no podía distinguir si era hombre o mujer, lavaba los escalones relucientes de piedra blanca con trapos y un cubo de agua.

El hombre se aclaró la garganta y habló con rapidez.

—En cuanto todos hayamos bajado por la calzada, entrad corriendo en la nave. Quedaos escondidos si podéis e id hasta el final, donde encontraréis el altar. Allí encontraréis al daimon. Acercaos a él con cuidado, puede ser violento o al menos eso es lo que hemos observado. Ninguno de nosotros ha hablado con él. Está prohibido.

Se puso de pie y se marchó. Eso fue lo último que supimos de él, porque primero desapareció de nuestro reducido ángulo de visión y después volvimos a verle en los escalones hasta que, de repente, le asaltaron los perros.

Sonó un cuerno, un sonido agudo y doloroso. Bajando por las escaleras apareció una nube de perros gruñendo, ladrando, aullando y bramando como locos. Anna gimió y después se metió una mano en la boca, mordiendo fuerte para evitar gritar. Eran monstruos, seres enormes, descomunales, que la llegaban al hombro, con largas y delgadas grupas y grandes paletillas, ojos amarillos que brillaban con el fuego del demonio. Tenían la boca siempre abierta para mostrar sus enormes dientes y la lengua colgando.

Se lanzaron sobre los dos esclavos, aplastándolos hasta que lo único que vieron fue una manada de perros, provocándose, saltando y mordiéndose entre ellos y Dios sabe qué más. Cerró los ojos y buscó a tientas su Círculo. Matthias contuvo un sollozo agarrando con más fuerza a su hermana. Ella no quería mirar, no quería ver.

Una voz bramó, un grito fuerte y poderoso. Ella apretó los ojos con todas sus fuerzas, pero Matthias le pegó un tirón y abrió los ojos. Entonces, algunos eikas bajaron a zancadas por las escaleras, seres horribles con la piel de escamas. No obstante, aunque todos eran salvajes, sin ninguna característica humana, tenían la fuerza bruta y el brillo de la inteligencia animal en su comportamiento y su espantosa cara. Cogieron a los frenéticos perros por las patas traseras y los lanzaron lejos, propinándoles fuertes golpes con sus zarpas o con las empuñaduras de sus lanzas. Los eikas aullaban y gruñían a los perros como si fuesen de su misma raza y pudieran entenderse en la lengua de las bestias.

Tras ellos aparecieron un par de eikas que ya había visto. El primero era una criatura enorme y musculosa con cadenas de oro y plata incrustadas con brillantes gemas; a su lado, un eika tan esquelético como los esclavos humanos y vestido con un solo trapo atado en la cadera. Del cinturón colgaba una bolsa de piel, llevaba un arcón de madera pequeño apretado contra su escuálida cadera. El eika enorme se metió entre el agitado grupo de perros y empezó a atacar él mismo, rugiendo y riéndose, mientras apartaba a los perros de su presa y los golpeaba.

Finalmente, un perro se apartó y saltó bajando por las escaleras. Una buena parte de los guerreros eikas lo persiguieron. Como si esta deserción significase su

derrota, los demás perros se batieron en retirada alejándose de la ira o del mal talante del jefe eika porque, ¿por qué otra razón habría colocado esclavos en los escalones justo en ese momento, sabiendo lo que previsiblemente les harían los perros; y bajaron trotando por las escaleras para después seguir a los otros hacia el río? A medida que dejaban los escalones libres, a su paso, se veían los estragos que habían causado, montones rojos de...

Esta vez cerró con fuerza los ojos y no miró, obligándose a sí misma a no mirar y solo oyó a Matthias tragando saliva entre dientes e intentando no hacer ruido porque cualquier ruido los condenaría.

Al final susurró:

—Se han ido. Se han llevado a dos. Vamos, Anna. No te desanimes ahora que ya estamos muy cerca.

Escarbó entre los harapos, consiguió liberarse, se puso de pie y tiró de ella para levantarla. Él corrió y ella corrió detrás, tambaleándose, respirando entrecortadamente por lo asustada que estaba y porque casi había olvidado cómo correr, porque sus piernas estaban rígidas por estar tantos días sin moverse. Llegaron hasta la sombra que dejaba el muro de la catedral y subieron corriendo por las escaleras. La sangre todavía corría por la piedra cerca de un cubo de agua que estaba tirado y por los escalones caían riachuelos de agua rosa hasta llegar a la avenida. Había harapos manchados de sangre desparramados por todos lados.

Las grandes puertas permanecían abiertas, pero como el sol se estaba poniendo por detrás de la catedral, por ese lado entraba poca luz al interior; era la entrada este. Entraron agachados, Matthias inmediatamente corrió a esconderse en una pared y tiró de Anna para que se agachara a su lado. Puso el dedo sobre los labios de ella y se quedaron en la sombra escuchando.

Y oyeron... la música de las cadenas, desplazándose, susurrando porque alguna criatura estaba comprobando sus cadenas y notó que estaban más inflexibles que nunca.

Matthias avanzó arrastrándose para esconderse detrás de uno de los grandes pilares de piedra en los que se apoyaba el enorme tejado. Allí, en el pasillo lateral permanecieron en la sombra. La nave en sí, el inmenso pasillo central de la catedral era más luminoso gracias a las ventanas abiertas en lo alto de los muros elevados que daban al norte y al sur. Lo más luminoso era el altar, al cual llegaba un haz de luz proveniente de siete grandes ventanales colocados en un semicírculo al fondo de la iglesia que formaban el Crisol.

Al lado del altar había un montón de desechos.

Matthias se deslizó hasta la siguiente columna para esconderse mientras se acercaba al altar. Anna le siguió. Quería agarrarse a su cinturón para retenerle, pero no lo hizo. Ella había aprendido que ambos debían tener libertad para moverse rápidamente.

No había ruido. La piedra amortiguaba el ruido y en aquel lugar el mundo exterior parecía lejano, había sido un paraíso y ahora era un campamento de

salvajes. Ella notaba el olor a humedad que desprendían, igual que las cosas secas que se pegan a la piel causan hormigueo en las puntas de los dedos y el cuello; lo olió de la misma forma que se reconoce la cercanía de una tormenta por ese olor característico que se percibe en el aire mucho antes de que se oiga el primer trueno y el azote del primer relámpago se vea en el cielo oscuro. Un lugar que en su momento fue sagrado para Dios, ahora estaba gobernado por ellos.

Se acercó a Matthias y se apoyó sobre la piedra fría y punteada. Él la tocó brevemente y después se movió rápidamente hasta la siguiente columna.

El montón de residuos del altar se movió y cobró vida.

No eran harapos, sino perros, despertándose, moviéndose, poniéndose en guardia.

—Corre —gimió Matthias.

La empujó hacia atrás, hacia la puerta, pero ya era tarde, la puerta estaba demasiado lejos. Nunca podrían correr tanto como los perros, solo esconderse de ellos. Y allí no había lugar donde esconderse.

Los perros echaron a correr hacia ellos. Anna, corrió, se tambaleó y los perros se abatieron sobre ella.

—No —gritó ella, porque Matthias había salido corriendo hacia la nave, hacia los perros para intentar distraerlos y que ella pudiera escaparse.

—Vete, vete —gritó él.

Pero ella corrió hacia él. Era mejor morir con él, despezada por los perros que vivir si él estaba muerto. Señora Nuestra, ¿qué importaba eso? En esta ciudad no se podía vivir de otra forma que no fuera siendo esclavo de los eikas, si es que a eso se le podía llamar vivir.

Lo alcanzó justo antes de que lo hicieran los perros, los horribles perros. Se abrazó a su hermano y él la abrazó a ella esperando el impacto, la muerte. Por favor, Señora que sea rápido.

Un grito ronco, no humano, no había ninguna palabra que ella pudiera identificar, proveniente del altar, interrumpido por ruidos que sonaban como gruñidos y aullidos. Los perros armaron un gran estrépito hasta que se detuvieron, con las uñas resbalando sobre el pavimento de piedra y se pararon a la distancia de un cuerpo de los niños, gruñendo y mirando con los ojos amarillos centelleantes. En ese momento, al oírse más palabras roncadas, se escabulleron con el rabo escondido, todavía gruñendo, pero ya sometidos a la criatura que salió del montón de harapos del altar, un montón que no eran harapos, sino el daimon en persona.

Definitivamente no era humano, no lo era. Anna lo pudo comprobar con la escasa luz que penetraba en la nave de la catedral. Era alto y con forma humana, pero los eikas tenían forma humana y no guardaban ningún parentesco con los humanos. Se había tapado recatadamente con ropas, aunque las ropas y la túnica estaban hechas trizas por marcas de dientes y tan harapientas como si se hubieran arrancado tiras al azar. En sus antebrazos llevaba telas doradas, también rotas y

rasgadas por muchos sitios como si los perros las hubieran roído y hubieran jugueteado con ellas; en el cuello llevaba una cadena de hierro gruesa y esa cadena estaba atada a un bloque grueso de piedra que era la piedra del altar, el Crisol de Nuestra Señora.

Se quedó mirándoles fijamente con los ojos de un verde tan inhumano como las esmeraldas que estaban incrustadas en la daga de Matthias, y como si esa mirada le recordara el regalo elegido, Matthias sacó la daga de su bota y se la enseñó, con la empuñadura hacia él en señal de ofrenda.

—Ven —dijo el daimon con su voz ronca.

No se atrevieron a desobedecer porque hablaba con el tono de una criatura acostumbrada a la obediencia y, además, controlaba los perros por medio de algún poder demoníaco mágico. ¿Y por qué no? No era humano, era una criatura etérea, algo que volaba sin cuerpo a través de los enormes cielos impenetrables más allá del mundo mortal, por encima de la Luna en constante transformación; no iba a temer a niños humanos ni a dudar en darles órdenes.

Se arrastraron acercándose un poco más y esta vez Anna se agarró con fuerza al cinturón de Matthias con una mano y a su Círculo con la otra, mordiendo el labio inferior. Se tragó las lágrimas, pero no se estremeció mientras los perros les rodeaban, oliéndoles los pies y lanzando mordiscos a la espera de recibir las severas palabras del daimon para lanzarse.

Aún más cerca, tan cerca que Matthias pudo estirarse y dar el cuchillo al daimon. Lo cogió y con una repentina y sospechosa prisa, echó una mirada a la nave en sombras, deteniendo la mirada en las columnatas, y se metió la valiosa arma entre los asquerosos harapos que utilizaba para taparse. Se quedó así en silencio, escuchando y ellos también se quedaron callados, pero Anna no oía nada y Matthias no hizo ningún ruido.

Anna se quedó mirando fijamente. Pensó que quizá, cuando el mago había hecho bajar al daimon de los cielos y cuando la magia lo había encerrado en un cuerpo hecho de tierra, el daimon había intentado, dado que no tenía otra alternativa, adoptar forma humana, porque era muy parecido a un humano: tenía los ojos humanos aunque ambos eran de un color verde fuerte y algo rasgados, como si estuvieran deformados; la piel era humana y color bronce como si los metales escondidos en la tierra se hubieran filtrado a la superficie; su cara era humana aunque con los pómulos prominentes y anchos; no había rastro de barba, aunque evidentemente era un hombre. Sin embargo, ¿no había hecho Dios a los humanos hombres y mujeres? ¿Por qué no habría de hacer a los daimones de la misma forma?

Y hablaba el idioma de los humanos, aunque despacio, como si no tuviera demasiada soltura. A los perros los hablaba en esa otra lengua de las bestias en la que hablaba con más fluidez.

—¿Por qué me habéis dado este cuchillo? —preguntó.

Anna pensó: *Su voz es igual, es una voz humana, pero con un punto de ronquera como si no estuviera bien definida.*

Matthias bajó la barbilla para conseguir encontrar el valor necesario con el que enfrentarse a la criatura como es debido.

—Buscamos el secreto de Santa Kristine que llevó a los demás niños a un sitio seguro.

—Que los llevó a un sitio seguro —contestó, como un eco.

Se quedó mirándolos durante un tiempo que pareció eterno, hasta que Anna se dio cuenta de que no había entendido lo que Matthias había dicho, sino que había imitado los sonidos. Los perros le olisquearon los pies y cientos de espinas le subieron y bajaron por la espalda como criaturas ponzoñosas. La procesión de los eikas volvería en cualquier momento.

La criatura levantó la cabeza como lo haría un perro ante un ruido repentino.

—Rápidamente —dijo—. Pasada la escalera de la torre hay una puerta que conduce a la cripta. En ella está el sendero que buscáis. Escapad.

Así de rápido, se transformó ante sus ojos en un ser enloquecido. Cogió la pesada cadena que lo ataba y tiró con violencia. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, y los perros contestaron con tal fuerza con aullidos, gruñidos y ladridos que ensordecieron a Anna.

Matthias cogió su mano. Juntos corrieron hasta la sombra de la columnata y después volvieron sobre sus pasos por la nave mientras el daimon agitaba la cadena contra la piedra del pavimento, como una bestia salvaje y los perros saltaban y ladraban a su alrededor, algunos mordisqueaban su cuerpo recibiendo por tanto un golpe del codo o la muñeca.

—Que Dios ayude a la pobre criatura —murmuró Matthias.

Llegaron al final de la columnata, al largo camino de entrada que discurría perpendicular a la nave, que ahora estaba cubierto de sombras porque afuera el sol ya se había ocultado y el interior oscurecía. El pobre daimon loco abandonó por fin sus esfuerzos frenéticos e inútiles por liberarse. Puede que fuera mágico para controlar a los perros, pero no lo suficiente para liberarse del mago de los eikas.

Estaban ante la puerta que daba paso al hueco de la escalera que llevaba a la cripta, era de madera oscura, sombría, marcada por rasguños profundos como si alguien la hubiera arañado, intentando entrar. Matthias puso una mano sobre el pestillo, moviéndolo tímidamente para asegurarse de que no estaba atascado y de que no chirriase.

En medio del silencio que volvió a imperar, Anna fue la primera en oír el ruido, el roce de un paso sobre la piedra. Se volvió y en ese momento, sin poder evitarlo, dejó escapar un suave gemido de miedo. Matthias miró hacia atrás por encima de su hombro. Ella notó cómo él se quedaba rígido y buscaba a tientas el cuchillo que siempre llevaba en el cinturón.

Demasiado tarde.

En las sombras, a menos de diez pasos de ellos, había un eika, cerca de las puertas enormes. Salió de su escondite y se les quedó mirando. Era alto, como la mayoría de los salvajes, pero más delgado que gordo; su cuerpo parpadeaba y deslumbra al recibir la luz del último rayo de sol que se colaba por los ventanales

,porque llevaba un cinturón de una inmensa belleza con cadenas de oro y plata entrelazadas, ribeteado con joyas como si llevara cientos de ojos que estuvieran mirándolos a ellos, a quienes finalmente habían atrapado.

Estaba tan aterrorizada que no podía ni gemir. Aflojó un poco su mano del Círculo y fue pasando el dedo a su alrededor por la suave veta de la madera, el Círculo de la Piedad de Dios, como su madre la había enseñado hacía muchos años, era la única oración que sabía.

La criatura no se movió, ni para avanzar, ni retroceder ni cargar contra ellos.

Sin embargo, Anna vio lo más extraño que había visto en toda su vida, más extraño que la matanza y la muerte y que los terribles perros y las ratas alimentándose de un cadáver hinchado. La criatura llevaba un collar, una sencilla correa de piel atada en varios sitios como si se hubiera roto más de una vez y la hubieran atado de nuevo y de esa correa, sobre su pecho de escamas de color cobre brillante, colgaba un Círculo de la Unidad de madera, el símbolo de la Iglesia, exactamente igual que el suyo.

No se movió, ni levantó la cabeza, ni dio ningún grito de alarma, sino que, como ella, se limitó a levantar un dedo y a seguir la forma redondeada del Círculo, igual que había hecho ella.

Matthias se movió como si estuviera despertando de un sueño. Levantó el pestillo, cogió a Anna por el brazo.

—No mires —dijo—. No mires atrás, límitate a seguirme.

Tiró de ella hacia dentro, cerrando la puerta tras ellos a pesar de que allí no había luz para ver. Juntos bajaron las escaleras tambaleándose hasta la oscura cripta.

Nadie, nada, ninguna criatura, ningún ruido que indicase que los estuvieran persiguiendo, que vinieran detrás de ellos.

—Es un milagro —susurró, y después al bajar otro escalón se tambaleó al darse cuenta de que no había más y el impacto sacudió todo su cuerpo.

Perdió a Matthias y anduvo a tientas desesperadamente, lo encontró otra vez, y le agarró la mano con tanta fuerza que él gruñó de dolor, pero ella no dejó de apretar. No veía nada, ni siquiera se veía su mano delante de la cara.

—Mira —susurró Matthias, y su voz se perdió en la oscuridad, y ella oyó cómo se perdía en un gran espacio desconocido y vacío.

Ella lo vio primero, como un reflejo, una luz débil y brillante. En ese momento, mientras sus ojos se adaptaban a la falta de luz, empezó a respirar entrecortadamente y a sentir náuseas porque la cripta estaba llena de esqueletos, todos en el mismo estado de descomposición aunque ya no apestaban a carne podrida.

—Mira aquí —susurró Matthias.

Señaló y ella pudo ver su brazo levantado en la oscuridad y más allá la luz palpitante tan débil como lo sería la respiración del alma si fuese visible al ojo humano.

—¡Ven! —dijo con premura y se dispusieron a la horripilante tarea de abrirse paso entre la basura de cuerpos muertos.

—Estos fueron hombres luchadores —dijo—. Mira. Algunos todavía tienen escudos, lo que queda de ellos.

Era verdad, algunos tenían escudos de oro con el emblema del dragón negro. Anna no sabía cuál era su significado, solo sabía que esta no era la única vez que vio pasar una procesión, que llevaba un estandarte que indicaba el paso de un noble, señor o señora, en él no aparecía un dragón, sino alguna otra criatura, quizá un sabueso, o un caballo. Ella desconocía este misterio, ¿quiénes eran aquellos soldados? ¿Habían muerto en la última batalla en la que la ciudad fue arrasada? ¿Cómo los habían dejado allí en esta cripta sagrada que tanto odiaban?

Enormes cráneos los miraban sonriendo, pero a Anna ya no le daban miedo. Estaban muertos. Habían luchado por su especie, sus hermanos y hermanas humanos, y ahora no la molestarían ni a ella ni a su hermano. Así podía abrirse paso entre los cuerpos, empujándolos con suavidad si fuera necesario. Una vez, al ver un cuchillo que sobresalía del pecho de uno, de una costilla, tiró de él con cuidado y se lo quedó, agradeciendo al alma del muerto que lo hubiera guardado para ella. Nunca sabes cuándo puedes necesitar otro cuchillo.

Dejaron atrás a los soldados muertos, y siguieron la luz adentrándose en la cripta, más allá de las tumbas de los santos, que habían sido obispos o diáconos y buenos hombres y mujeres que trabajaron por la iglesia, hasta que llegaron a una esquina secreta y encontraron lo que el daimon les había prometido: una escalera que les llevaba a la tierra, iluminada por el haz de luz que les había conducido hasta allí.

Anna sintió cómo su corazón se llenaba de esperanza, de luz frente a la oscuridad de la desesperanza y el terror.

Matthias dudó y después, sin mirar atrás, comenzó a bajar por las escaleras, comprobando bien cada escalón antes de dejar caer todo el peso, ya que él todavía la tenía cogida de la mano porque temía perderle más que nada en el mundo, tenía que seguirle. Ella todavía miraba por encima del hombro, aunque tras de sí no veía nada excepto oscuridad e hizo una promesa solemne:

—Volveremos a por ti papá Otto; a por ti y a por todos, pero sobre todo a por ti.

Había un buen tramo de escaleras que bajar y todo a oscuras. Siguieron bajando, a tientas, palpando la pared con las palmas de las manos y cuando por fin terminaron las escaleras y la pared describía una curva y después volvió a enderezarse, en sus labios notó una brisa, algo extraño, algo que no había probado durante meses, aire fresco no contaminado por la muerte de la ciudad, y cosas verdes que crecían sobre tierra fértil llana, no sobre las grietas entre las piedras caídas.

Anduvieron un buen rato, descansando algunos minutos cada poco tiempo, pero nunca durante demasiado rato seguido.

Cuando salieron del túnel ya estaba amaneciendo.

Al salir por la entrada de la cueva, vieron un campo de cebada y unos cuantos edificios que parecían abandonados. Detrás de la estrecha entrada de la cueva se

alzaba un cerro al cual se subió Matthias, y Anna detrás de él. Desde el cerro, volvieron la vista al campo vacío de la ciudad que estaba a sus pies, descansando como una joya en una isla en medio del amplio río. Desde la distancia, uno no podía imaginarse lo que había dentro. Tenía el aspecto de una maqueta perfecta de una ciudad, intacta, reluciente con la primera luz de la mañana.

—Debería haberlo matado —dijo Matthias.

—¿Matar a quién? —preguntó—. ¿Al eika?

Sin pensarlo, agarró con fuerza el Círculo de la Unidad. No podía parar de pensar en el Círculo de la Unidad que él tenía colgado en su pecho.

—El daimon —dijo—. Debería haberlo matado con el cuchillo. Así se habría liberado de su cuerpo mortal y habría podido irse a casa, al cielo. ¿No habría sido mejor eso?

Anna negó con la cabeza.

—No creo que ningún humano pueda matar a ningún daimon. No son como nosotros, no tienen la misma sangre que nosotros y puede que ni siquiera tengan sangre. Solo hubiéramos conseguido enfadarle.

Suspiró.

—Puede, pero me da pena esa pobre alma. Si es que la tiene.

Ella dudó, pero entonces preguntó:

—¿Tienen alma los eikas?

—¡Por supuesto que no!

—Pero ese nos vio y nos dejó irnos. Llevaba un Círculo de la Unidad, Matthias. Si llevaba un Círculo, ¿no es pariente nuestro solo por el hecho de creer en Dios?

—Se lo robó a un cuerpo y lo lleva como un trofeo. No sé por qué nos dejó ir. Puede que Santa Kristine nos estuviera protegiendo y le cegase la vista.

Se volvió de espaldas a la ciudad y empezó a bajar de la colina.

—Vamos Anna. No sé cuánto tendremos que caminar hasta que veamos a alguien.

No obstante, Santa Kristine, aunque seguramente les salvó, no cegó los ojos del eika. Anna lo sabía. Él la había visto tocar su Círculo y había imitado el movimiento. Les dejó ir deliberadamente. Igual que todos los esclavos humanos de la ciudad que se habían puesto de acuerdo para liberarles, lo mismo que habrían hecho ellos también por sus parientes.

Era un hermoso día de verano y caminaron libres por los bosques iluminados, bebieron de un arroyo de agua corriente y comieron con cuidado unas cuantas bayas húmedas. Al anochecer, Matthias vio una hoguera. Los leñadores que estaban en el bosque para cazar y vigilar la comida frente a las incursiones de los eikas, sorprendidos, les ofrecieron comida gustosamente a cambio de uno de los cuchillos que les sobraban y les dejaron dormir acurrucados junto al carbón. Por la mañana, un leñador los acompañó hasta el pueblo más cercano.

—Permitidme que os dé un consejo —dijo el leñador, que era pequeño, enjuto, nervudo y alegre, y al que en la mano izquierda faltaba un dedo—. En estos

momentos, hay poco espacio en Steleshame con tantos refugiados. Pero la información que tenéis en vuestro poder os puede ayudar a conseguir quedaros allí, así que no la vendáis barata. Muchacho, pregunta por una escuela de aprendizaje y por algún sitio en el que tu hermana pueda entretenerse y en el que puedan encargarse de ella hasta que tenga la edad necesaria para contraer matrimonio. ¡Por la sangre de la Señora! Es un milagro. Nunca pensamos en ver a nadie más vivo fuera de la ciudad. ¿Cómo conseguisteis sobrevivir? ¿Cómo conseguisteis liberaros?

Matthias les contó una breve versión de la historia, pero cuando llegó al final, no mencionó al eika porque este no formaba parte de su historia. Y además a Anna, la historia del eika, la desconcertaba. Pero ella se quedó callada. Todos los humanos odiaban al eika. Tenían toda la razón para hacerlo porque los eikas eran salvajes y sus perros eran las criaturas vivas más espantosas.

—Muchacha, sin duda tu hermano encontrará trabajo con un curtidor, ¿sabes hacer algo?

Ella no quería decirlo. Salió de forma espontánea.

—Cuando tenga la edad suficiente, viajaré como lo hacen los *fraters*. Llevaré a los eikas la Palabra Sagrada y el Círculo de la Unidad. Su destino no puede ser el de ser salvajes.

Él se rió, pero no por mala educación, sino solo negando con la cabeza como hacían los adultos cuando los niños decían algo que consideraban absurdo. Matthias se calló y puso mala cara.

Pero el día era muy bonito y eran libres y quizá, si llevaban noticias de que en la ciudad todavía había esclavos vivos, algún noble, señor o señora, podría hacer una expedición para salvar a los otros. Si papá Otto y los demás pudieran esperar tanto tiempo.

Ella pensó un buen rato mientras andaba por el bosque. Matthias y ella habían perdido a su padre y a su madre, y les habían dejado bajo el cruel cuidado de su tío. Sin embargo, no fue su tío, su único pariente vivo, quien les salvó. Solo había tratado de salvarse a sí mismo y ella pensó que nunca sabría si él todavía estaba vivo o estaba entre los muertos olvidados. Fueron papá Otto y los demás esclavos quienes les salvaron. Si ellos, que no eran parientes de verdad, podían actuar como si lo fueran, ¿no era posible que incluso un eika pudiera convertirse en pariente suyo? Ella conservaba este pensamiento en su corazón como un regalo. Matthias le había dado al daimon el cuchillo que podía utilizar para defenderse o para liberarse si eso era posible y a cambio él les había dado la libertad.

Pero, al final, después de todo lo que había pasado, fue el eika solitario quien se había puesto de su parte y les había dejado ir.